

Orfeo y la conspiración del amor

Hipnos

Eurídice pidió a Orfeo
dos regalos de bodas:
el delicioso y esperado
acoplamiento de sus cuerpos
y consultar a un oráculo,
para no estar a la espera
-con las sienes en la almohada de la
angustia-,
de la arenga sobre lo por venir
declamada por el tiempo.

El oráculo declaró:

“Un día, recién casada,
vas a caminar por el valle
de un río de Tracia,
y Aristeo, malo de las hormonas,
querrá violentarte.

Con las alas de la virtud en los pies
y tu corazón entonando la partitura
de la fidelidad,
huirás, por entre abrojos y matorrales,
hasta pisar una serpiente venenosa
que, al morderte,
introducirá el *más allá*
en todos los intersticios de tu cuerpo
y, tras ello, ay, te deslizarás
al reino de las sombras”.

Eso dijo.

Poco después, cuando Eurídice
caminaba a las orillas del río,
divisó a Aristeo;
recordó las letras emponzoñadas de la profecía,
y ante la carta de amor
de una mirada

de su apasionado pretendiente,
decidió no oponer la menor resistencia
a su afán posesivo.

Cerró los ojos
para borrar el mundo en que delinquiría
y recibió la dulce mordedura
de otra serpiente, de otra,
que derramó en todo su interior
el veneno de la culpa.

Eurídice no supo qué hacer
con su cuerpo mancillado
por las bodas
de la violencia y el consentimiento.

No supo qué hacer con él,
dónde ponerlo,
cómo ocultarlo.

Pensó en suicidarse,
cortarle las venas al oxígeno,
entregarle su colección de miradas
a los gusanos.

Y en eso estaba
-con un sentimiento de culpa
del tamaño de los imposibles

con que sueñan las manos-
cuando su madre exclamó:
“Eurídice, levántate
Orfeo ha dado a luz
una marcha nupcial
para su lira de siete cuerdas.
Hoy es el día del himeneo
que cambia niñas por mujeres,
y antes tienes que ir a consultar el oráculo.
Eurídice, niña mía, despierta,
abre los ojos,
permite que los dedos de la luz
descobijen tu sueño”.

Afuera, un pífano
dio la orden de retirada
y las huestes de la noche corrieron a
refugiarse
en las bocas de los lobos,
en los gallos dormidos
(el último reducto
de la noche)
y en el amanecer de los ciegos
que, no sabiendo la hora en que

despiertan,
lo hacen al momento
en que les resulta imposible
paladear el ocaso.

Orfeo y el torneo musical

La invitación
-elegante como mohín de Minerva
y perfumada como la balada azul del heliotropo-
decía lo siguiente:
“El Parnaso y su Departamento de cultura,
tiene el honor de invitar a usted,
y a su afán de abandonar el hastío,
al torneo musical de laúdes,
flautas, cítaras, arpas eólicas
y otros instrumentos enmielados
por el exotismo o el desuso
o de añejas cerbatanas
que, renuentes a disparar
suspiros venenosos

con un buen salto,
podré alcanzar el cielo.
Haré por fin que todos se arrodillen
ante la superioridad
de este venero de milagros
que llevas en tu entraña,
oh lira.

Para acceder al lugar de la competencia,
había que atravesar un bosque
donde el misterio jugaba a las escondidas
con los atrevimientos,
y las aves soltaban el tesoro
de sus cánticos,
como la más sutil y palpitante
prolongación de sus cuerpecillos
plumalados.

El primero que arrinconó el silencio del bosque
en un despeñadero
y lo dejó hablando el lenguaje de los mudos
fue un turpial,
avecilla en que se da
toda ornamentación posible

en clave de perfección.
Orfeo quedó atónito
con ese animalillo que picoteaba el firmamento
con sus fuegos artificiales.
Se mostró estupefacto,
apabullado casi,
por la “gutural modulación” de un pico
que cosechaba en su redor,
en todo ser viviente,
redada de suspiros,
sonrisas agazapadas en su mera
insinuación, lágrimas detenidas
en el borde
del principio del mundo.

Siguió su recorrido.
Presenció cómo la tarde
era perseguida por el
despotismo
del crepúsculo
presto a carbonizarlo todo.
Y de pronto, en un oscuro del
bosque,

escuchó lo inverosímil:

el ápice de orquesta,

las menudencias del himno de los bosques,

el surtidor de

húmedos arabescos,

de la calandria.

Después de electrizar los aires,

obligar a los vientos a pasar de puntitas,

a su lado,

enardecer a las nubes

hasta fraguar esbozos de relámpagos,

inesperadamente la calandria

selló su pico.

Colocó un calderón sobre el silencio

y se puso a escuchar a sus hermanos,

a los cientos de virtuosos

saltarines

que hojaban y deshojaban el ramaje.

Los gorjeos de los pájaros

chocan en el cenit del bosque.

La ley de gravedad,

arrobada y generosa,

los devuelve a tierra

como llovizna de notas musicales
obsequiadas a todos los individuos
que, como Orfeo,
traen en el inventario de su
anatomía
no sólo el pararrayos de portentos de la
oreja,
sino el invaluable bien,
forjado por el herrero
armonioso
del yunque y el martillo,
de su melomanía.

Orfeo oyó más aves:

ruiseñores, alondras, canarios y hasta
cucús,

monocordes y obsesivos.

Todos tenían su manera muy única,
muy pronombre personal intransferible,
muy acta de identidad en la garganta,
de decir la belleza;
ningún pájaro competía con los demás,
ni pretendía,

arropado en la hermosura,
descobijar al hermano.
Los gorjeos, las escalas,
los trinos de nunca acabar
no estaban en competencia,
no eran feligreses del más y el menos,
del mejor y el peor,
del cielo y el infierno.

Orfeo abandonó el
bosque, embelesado
y acogiendo, en su lira,
su propia identidad.

A la salida de la floresta,
todas las luces del mundo
mostraban, como un bólido
caído en la tierra,
el torneo musical.

En él intervinieron
Pan con su flauta,
Lino con sus mil y una destrezas,
Euterpe con su sonata
para cítara y viento enamorado

que carga en su morral de significados,
está el de producir
una suerte de hipnosis en el adicto
a cualquiera de las bellas artes.
Un género de hipnosis o de éxtasis
que convierte en humo alado los pies en
la tierra
y pone en las manos un
salvoconducto para otra
dimensión.

Orfeo sabía embelesar como ninguno
a su auditorio de hombres,
mujeres y niños,
héroes y dioses.

Y también
-y ante este también
los milagros se mueren de envidia-
sabía emocionar a los árboles,
conmover a los osos y los leones,
sacar un suspiro de las piedras,
hacer que los ríos metieran freno
en el *vivace* acostumbrado
para escuchar,

en el remanso del *decrescendo*,
los deliquios de la lira.
Tenía la virtud de prodigar
notas musicales a los oídos exigentes
o hacer que en las cosas
brotaran ranuras auditivas,
insinuación de orejas.

El cancerbero no fue la excepción.
Sus tres cabezas, enternecidas,
se unieron arrobadas
y sus hocicos empezaron a tararear
la canción de cuna
 donde, balanceándose,
se adormecieron.

Ahora, por un momento, alguien podría
introducir su caballo de Troya
en el infierno.

Resurrección

El veneno de la serpiente
congeló el pulso de Eurídice,

momificó su último suspiro
y espolvoreó en su frente

un epitafio.

Después de los trámites de rigor,

ella,

transustanciada en sombra,

en alma deshuesada,

cojeando,

pero con paso firme,

se perdió en alguno de los

suburbios del allende.

Ahí, en uno de los recodos

subterráneos,

empezó el canceroso proceso de la

desmemoria.

Es bien sabido:

más allá de la piel y de los

huesos,

en el hondón de la carne,

se halla la *sombra*,

sustancia del individuo.

En ella no hay una sola célula,

“Los pies se le están desentumeciendo
al escuchar la música”.

Y todos se dieron a gritar:

“El corazón de Eurídice
ha resucitado”.

La herencia

Orfeo, a lo que se dice,
era hijo de un rey de Tracia
y de la musa

Calíope,
de aquella musa custodia de la inspiración
que se subía a los caballos,
abordaba naves,
se hacía cronista, en las guerras cotidianas,
de los quejidos de las víctimas
y relataba el choque de estandartes
en el campo de batalla
donde crece, dando alaridos de colores,
la flor del heroísmo.

Como hijo de Calíope, podemos
suponer
que heredó de su progenitora
un guarismo indeterminado de genes
que recorrían su sangre
como glóbulos de vida espiritual
o se hallaban en sus huesos
como incrustaciones de su numen.

Además se dice
que fue discípulo de Lino,
hijo también de Calíope.
Poeta rodeado de una corte de palabras
devotas de la perfección,
y cuya fantasía
se hallaba en las lagunas del estro
como pez en la tinta.

Sea lo que sea, cuando Orfeo
pulsaba
las fibras amaestradas de su inspiración,
hacía que hasta el mismo tiempo se
detuviese,

obligando al ahora
-todo oídos-
a tener deslices inconfesables con la
eternidad.

Fatum

Hay una deidad invisible,
pero de manos largas,
que es más poderosa
 que todos los dioses juntos.
Ni Júpiter y su corte,
ni la mesnada de titanes enfurecida,
ni todo el Olimpo sublevado
-si ello cabe en el cuerno de abundancia
de lo posible-
podrían detener o cambiar
sus designios
inapelables
que se cumplen con la puntualidad
de sumisos cronómetros.
Esa deidad es tan poderosa

porque, antes de pergeñar
con la tinta indeleble de lo inexorable
el libro de acontecimientos por venir,
ha liado las manos del futuro
a una única acción prefabricada
y ha encomendado
el registro de los movimientos
de su lengua
a un látigo inmisericorde.

Orfeo puede conmover a una deidad
-y Plutón y Proserpina
descubrieron en los latidos de sus corazones
pajarracos de compasión
con lagrimones más grandes que sus ojos;
pero nada podía,
nada,
ni cambiar una coma,
ni borrar de una rama algún pájaro incómodo,
con una cuarta dimensión
bajo dominio.

Las
deidades

del infierno
dejaron
salir a la
pareja: él
adelante,
ella detrás
como una cabalgata hacia la luz.
Pero lo hicieron con una condición.
¿Quién carajos dictó
esa condición? ¿Quién
destruyó a manotazos
la conspiración amorosa?

No cabe duda: fue la deidad
de deidades, la señora de la
ubicuidad,
el numen que carga
bajo el brazo el
libro polvoriento
que contiene sólo
últimas palabras,
la historia maniatada
por la arbitrariedad.
Ante ella,

y sus oídos tapiados
desde siempre y para siempre,
qué impotentes resultan
los pobres alaridos
de una lira.

La prohibición

Por uno de los desfiladeros
del reino de la muerte, Eurídice
caminaba a espaldas de Orfeo
calzando, con sus menudos pies,
las huellas de su esposo.
Ambos buscaban
lentamente,
con la torpeza del apremio,
la salida de ese mundo
amueblado por la negrura
y con gritos y más gritos en sordina.
Iban calladamente,
sin decir “este silencio es mío”,
yendo en fila india,

como un convoy esperanzado,
al encuentro de sus ojos.

En las entrañas de Orfeo
tenía lugar una lucha a muerte
entre la prohibición y el ansia,
abriendo con llaves imprevistas
el conflicto espiritual más grande
registrado en el tártaro.

Él iba tañendo la lira
para dejar desarmadas,
sin dientes,
a las furias
y hacer que sus ladridos
corrieran a esconderse en la perrera
de la mansedumbre.

El músico no pudo más.

El deseo dio un golpe de estado en sus entrañas
y volvió la cabeza.

Antes había maldecido
la ceguera de su nuca,
el resignado rol de sus espaldas,

el retraso mental de sus anhelos.

Mas, ahora, volvió la cabeza;

la volvió:

logró la apertura de ojos

más grande de su vida

y sólo pudo ver

las huellas de un vapor evanescente

donde los gestos y ademanes,

entremezclados de humo,

de la que fue su esposa,

se perdieron para siempre

en el tonel sin fondo de la nada.

Extendió la mano

y sólo por un instante

-ese polo contrario a lo perpetuo-

pudo dar su caricia

al amoroso hueco de la ausencia.

Desenlace

Orfeo se decidió jugar a las vencidas

con el destino,

desgañitó su puño
y, al entrar en la lucha,
su mano quedó derrotada, sobre la mesa,
por el peso del cielo entero
que se le vino encima.

Cierto es que él tenía de su lado
la lira
—si caja de música para las musas,
fusil de ráfagas emotivas
para su entorno—
y creyó que podía conmover
y derrotar al sino
con la argucia de un acorde,
el cambio de terreno de una modulación
o el ataque por sorpresa de un arpegio;
pero la fatalidad tenía la sordera
amurallada del autista,
el convoy en que viaja lo inflexible,
el risco inalterable
azotado por las leguas de las olas.
Orfeo no dio su voluntad a torcer.
No permitió que le cosieran la boca

con la mordaza de seda del silencio
ni que la resignación le desamueblara
los entresijos.

Empezó entonces a anunciar a diestra y siniestra
su intención de volver a introducirse
en el reino de los muertos
y, reeditando su temeridad,
recuperar a su amada
o lo que de ella –aunque fuera un suspiro-
perviviese.

Alistándose
para tornar al inframundo
en busca de la dulce y jugosa
porción
de su entraña dividida,
pensó en hipnotizar,
con los artilugios del más osado
de los instrumentos musicales,
a Caronte,
al Cancerbero,
a Plutón y a Proserpina
que tenían –le constaba-

un poquito de miel
en la carnezuela
de su corazón. Pensó hacer
una verdadera masacre
de todo lo imposible.
Estaba convencido de que en ellos
hallaría un poro,
una célula,
un melómano
intersticio.

Pero el hado,
cuyo biblia inmemorial no tiene,
no,
ninguna fe de erratas,
contravino sus planes:
y, por más vueltas que dio,
le fue imposible descubrir
el pasadizo secreto
al más allá.

Las mujeres de Tracia,
al sentir el desprecio
del liróforo viudo

(que se negaba a contraer nupcias
con ninguna), se ponen
a conspirar con sus manos
y, abruptamente, arrojar al músico
el furor uterino de sus dedos
hasta destrozarlo,
hacer de él
el más doliente rompecabezas
de menudencias que se recuerde
y lanzar su alma
a la región larvaria del allende.

Los optimistas,
los románticos,
los que le rezan a la palabra eternidad,
los que creen que las lágrimas de este valle
se evaporan en el otro,
podrían imaginar
que los esposos finalmente
se reencontraron
en los campos elíseos
y que su beso
se salvó del desorden.

Pero la realidad,
la putrefactamente verdadera,
es que ambos,
Eurídice y Orfeo,
por obra y gracia de un destino agusanado,
nunca más pudieron encontrarse:
nada quedó de Eurídice
ni de Orfeo
que pudiera descubrirse
y rescatarse.

El vocablo resurrección
es un fraude,
una tomadura de pelo,
una mentira del tamaño
de la infinitud del mar
de que habla el caracol,
la penosa montura
de un deseo extraviado en su propio laberinto.

Nadie, nunca,
jamás de los jamases,
ha resucitado.
Nadie tiene la aptitud de reabsorber

su último suspiro.

Cuando, la vez anterior,
Orfeo intentó liberar
del reino de las sombras a su amada,
ella no estaba muerta,
muerta del todo.
Pero ahora,
al hallarse los dos
definitivamente aniquilados,
nadie puede torcerle el brazo al destino,
ni enamorarlo,
ni engatusarlo,
ni correr a ocultarse en la impotencia
de cualquier subterfugio .

Ante él, no nos queda sino
hundirnos en el pecho
la estaca del *ni modo*
y correr a clavarnos en la cruz
de la resignación.

México, D.F., febrero de 2011.

Orfeo y la conspiración del amor

Hipnos.....

Orfeo y el torneo musical.....

Embelesar.....

Resurrección.....

La herencia.....

Fatum.....

La prohibición.....

Desenlace.....